

A la Colasa, cuando tiene razón, no le para los pies ni el sursum

corda. No faltaría más, pues menuda lechita tengo yo. Es que lo vi con estos

ojos, lo vi salir de la Iglesia el pasado veintinueve de octubre, poco des-

pues de comer. Ese día yo había ido a la huerta pa recoger los últimos

pimientos, que por estas fechas aquí ya empieza a resfriar por las noches

y el frío los deja como higos pasos. Y vi al grajo ese con dos señores mu-

bien trajeaos, con corbata y todo; traían una furgoneta de color gris. Enton-

ces yo sospeché que algo suelto tramaban, porque hablaban pero que muy baji-

to, como pa que nadie se enterara del tejemaneje. Mira, Dolores, desde el

brocal del mi pozo se ve por la ventana mayor t'ol interior de la nave

donde estaba el Cristo. Vi cómo lo desclavaban y lo envolvían en una mante-

Fero los quebraderos de cabeza comenzaron cuando quisieron sacarlo por la

anteuerta, esa pequeña que hay antes de las de fuera que dan al cercao.

El pajarraco en esta ocasión no iba con el sacristán, aunque éste va

con él hasta a mear, y ya había descornado los herrajes de las puertas gran-

des de fuera y las tenía de par en par, pero lo que es la chica, ni se podía

desmontar ni abrir más. Hicieron muchas pruebas, pero que si quieres

arroz. Si pasaba un brazo, el otro se quedaba dentro. Yo no me perdía deta-

lle viendo cómo sudaban y se afanaban en vano por sacar al Cristo de la

Iglesia, hasta que el más bajito de los dos forasteros, que era algo coji-

trango, se fue hasta la furgoneta y trajo un serrucho parecido al que usa

ellos que la menda se estaba enterando de todo con pelos y señales. El

otro forastero retiró la manta y empezó a serrarle el brazo derecho casi

por debajo del hombro. A mí me se empezaba a subir la sangre a la cabeza,

y a punto estuve de gritar: pero, ¿qué estáis haciendo ahí mameñucos?, pero

Luego pensé: Colasa, ¿quién te manda meterle en camisa de once varas? y me

calé. Después vi cómo envolvieron todo en unas mantas y lo metieron en la

furgoneta que estaba allí mismo debajo de la morera más cerca de la puer-

ta y se marcharon con el cuervo a la rectoral. Sé que algo más metieron

en unas cajas, pero yo no pude saber lo que era, pues lo habían cogido del

altar de la otra nave que ya no alcanzaba a ver del todo.

El caso es que la noticia se corrió mu pronto por t'ol pueblo. La

gente lo echó en falta na más que pisó en la Iglesia, porque aquí nadie se